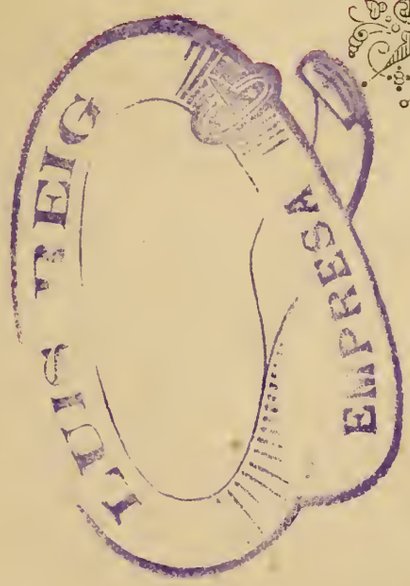
10627

Francisco de Torres y Diógenes Ferrand

...Se le gratificará

Diálogo original
y en prosa



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
SALÓN DEL PRADO, 14, HOTEL
1903

26

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/selegratificarad545torr

...SE LE GRATIFICARÁ

Sociedad de Autores Españoles

...SE LE GRATIFICARÁ

Diálogo en prosa

ORIGINAL DE

Francisco de Torres y Diógenes Ferrand

Estrenado en el TEATRO LARA de Madrid en la noche del Martes 10 de Marzo de 1903

SEVILLA

Imprenta de FRANCISCO DE P. DÍAZ, Plaza de Alfonso XIII, 6 (antes Gavidia)

1903

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MATILDE	Srta. Clotilde Domus.
FERNANDO.	Sr. D. José Santiago.
UN CRIADO (que no habla) .	Sr.

Época actual

La escena en Madrid

ADVERTENCIAS

MATILDE. Cocotte *elegantísima, de 30 años y de imaginación muy viva. Vive espléndidamente á costa de sus amigos.*

FERNANDO. *Aristócrata de pega. Hace vida de Príncipe: viste con irreprochable elegancia; no tiene ni pizca de vergüenza; y anda á caza de gangas.*

Ambos saben fingir á maravillas.

Al notabilísimo Actor

PEPE SANTIAGO

Puesto que para tí escribimos este diálogo, sean para tí también los aplausos que la benevolencia del público le conceda.

¿A qué decirte más?

Ya sabes que te admiran y te quieren más que te admiran, tus leales amigos,

Francisco de Torres
y Diógenes Ferrand

677288

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley, é inscrita la obra en el Registro de la Propiedad Intelectua .

Escena Única

Sala amueblada con gusto y riqueza. Al levantarse el telón, Matilde, vistiendo elegante y caprichoso traje de casa, estará sentada y en actitud expectante, cerca de una mesa cubierta con rico tapiz que habrá en el centro del escenario. Un criado, vestido de frac, tendrá suspendida la cortina de la puerta del foro, por la que desaparecerá, sin hablar palabra, seguidamente que haya pasado Fernando. Encima de la indicada mesa, habrá una bandeja de plata y en ésta una tarjeta, varios periódicos y revistas y un timbre. Cae la tarde.

Fernando y Matilde

Fernando — Señora...

Matilde — Caballero... Haga el favor de pasar.

Fernando — (Avanzando). ¿Tengo el honor de hablar con la señora doña Matilde de Santillana?

Matilde — Matilde de Santillana tiene el honor de hablar con... (Leyendo en la tarjeta que hay en la bandeja.) Don Fernando de Rosales.

Fernando — (Haciendo una reverencia). Tantas gracias.

Matilde — Tome usted asiento.

Fernando — (Sentándose cerca de Matilde). Con su permiso.

Matilde — ¿Puedo saber cuál es la causa de su visita?

Fernando — (Aparte). Comencemos la comedia. (Alto á Matilde). La causa de mi visita, señora de Santillana, espero que ha de agradarle.

Matilde — (Con sorpresa.) ¿Cómo?

Fernando — Bien sencillo. Vengo á devolverle algo que usted acaso creía perdido para siempre, y que por lo que debe representar en la historia de su vida, le merecerá mucho aprecio.

Matilde — No sé. ¡He perdido tantas cosas!

FERNANDO La pérdida á que me refiero, es reciente; se trata de una joya.

MATILDE (Con extrañeza.) ¿De una joya? (Aparte y demostrando con el gesto que cree haber adivinado la intención de Fernando). ¡Ah... vamos! (Repentinamente y con naturalidad.) No tiene que decirme más. Usted ha encontrado mi pulsera. (Aparte). ¿Qué saldrá de aquí? Cebemos el anzuelo.

FERNANDO Por dicha mía. (Saca una pulsera envuelta en un papel de seda, y la entrega á Matilde). ¿Es ésta?

MATILDE (Quita el papel que envuelve la pulsera y se queda con ella en la mano.) Precisamente, ésta és. No me cabe duda. (Con intención.) Sería mucha casualidad que en un mismo día y en un mismo sitio se perdiesen dos pulseras exactamente iguales. Porque supongo que usted la hallaría en el vestíbulo del Teatro.

FERNANDO En efecto; en el vestíbulo...

MATILDE ¡Claro! No podía ser en otra parte. Cuando terminó la función y salí de la platea, aún la llevaba; me acuerdo perfectamente.

FERNANDO Yo también estoy seguro de que es de usted esa pulsera. ¡La he visto tantas veces aprisionando su muñeca de ángel, que la distinguiría entre miles de ellas!

MATILDE (Riendo) Pues mire usted qué rareza; yo si no fuese por la inscripción dudaría.

FERNANDO Pero ya, después de leída, no tiene usted por qué dudar, ¿no es eso?

MATILDE (Con intención). ¡Oh! Ya no dudo ¿Cómo he de dudar? (Leyendo en el interior de la pulsera.) «*Matilde y Fernando.—18 de Abril de 1900.—Madrid.*» (Breve pausa.) ¿Más claro? Sería curiosísimo que hubiera otro Fernando que, habiéndose casado en Madrid con otra Matilde el día 18 de Abril de 1900, le hubiese regalado á ésta una pulsera idéntica á la mía, y que esa señora doña Matilde la hubiese perdido también el pasado viernes en el vestíbulo del teatro. (Muy risueña é intencionada.) ¿No es verdad que todo esto sería curiosísimo?

FERNANDO (Algo turbado.) ¡Vaya si lo sería!

MATILDE ¡Que atrocidad! ¡Pues no me parece que los brillantes

están más limpios y son más grandes! Pero nó: es ilusión mía. ¿No lo cree usted así? (Colócase la pulsera.)

FERNANDO ¿Que duda cabe? (En tono de chanza) Los brillantes no crecen. Al menos yo vivo en esa creencia.

MATILDE Es que yo parezco tonta, y digo unos desatinos muy grandes.

FERNANDO Por Dios, señora, no se trate usted tan mal. Es usted injusta consigo misma.

MATILDE (Sin hacer caso) No sabe usted cuanto le agradezco que me haya hecho recuperar esta pulsera.

FERNANDO Ya suponía yo que sería por usted muy estimada.

MATILDE ¡Ah! Sí, muy estimada. Es un regalo de mi pobre Fernando.

FERNANDO Ese Fernando que usted invoca sería su esposo.

MATILDE Usted lo ha dicho; mi esposo, Fernando de Saavedra.

FERNANDO ¿El general?

MATILDE Sí; el general. ¿Le conoció usted?

FERNANDO Mucho, señora, mucho. ¿Quien no le conocía? Sus heroicidades y sus riquezas fueron pregonadas á los cuatro vientos.

MATILDE (Pensativa.) ¡Sus heroicidades! ¡Sus riquezas! Esas mismas palabras son las que siempre han sonado en mis oídos desde que conocí al General... (Transición). ¡Pero Dios mío, y que impertinente soy! Usted perdone. ¿Pues no iba á hablarle de cosas que no le interesan?

FERNANDO ¡Ah! Nada de eso. Si usted fuese tan amable que me hiciera la merced de hablarme de *esas cosas,* me haría muy feliz. Y... ¡quien sabe si yo podría proporcionarle alivio á sus penas, si por acaso, como imagino, usted las sufre!

MATILDE (Riéndose.) Ay, no hable usted en ese tono, que me asusto. Yo no tengo penas, estoy siempre muy alegre.

FERNANDO Como hace un momento hablaba usted con aparente tristeza.

MATILDE No me haga usted caso; soy una chiquilla. Muchas veces río y lloro sin saber por qué. (Jugando nerviosamente con la ya indicada tarjeta.)

FERNANDO (Después de larga pausa.) Realmente he venido á esta casa

sólo para devolver á usted su pulsera, y no sé qué influencia secreta me retiene aquí después de cumplida mi misión... (Se pone de pie). Pero no queriendo abusar por más tiempo de su exquisita cortesía, después de ofrecerle mis respetos....

MATILDE (Que sin darse cuenta ha roto la tarjeta) ¡Endiablados nervios! ¡Vaya por Dios! Ahora he roto su tarjeta de usted inconscientemente. ¿No le he dicho que soy una cabecilla destornillada?

FERNANDO Quizá esa pícara cartulina haya merecido su enojo.

MATILDE ¿Por qué? ¡Ni pensarlo! (Transición.) Pero siéntese, quiero que me dé usted detalles de como fué el hallazgo de la pulsera. No hemos hablado nada de esto; digo, si no le causo molestia con ello.

FERNANDO Señora, eso nunca. No sabe usted cuanto le agradezco su invitación, que acepto con júbilo. (Sentándose de nuevo y más cerca de Matilde.) Pues la cosa tiene poco que contar. El viernes hallé la pulsera en el vestíbulo del Teatro, cuando el público salía. Desde luego supuse que era de usted. Sin embargo, hasta hoy, miércoles, que he leído el anuncio que usted ha dado á la prensa, no me decidí á devolvérsela.

MATILDE ¡De modo que por su culpa he pasado cinco días de incertidumbre! ¿Y se pueden saber las causas que le indujeron á obrar del modo que lo ha hecho?

FERNANDO Dos muy egoistas. La primera, tener cerca de mí todo el más tiempo posible un objeto de su propiedad.

MATILDE Donosa ocurrencia. ¿Y la segunda?

FERNANDO (En tono de chanza.) El deseo de ser gratificado. Por que yo estaba muy seguro de que usted anunciaría la pérdida de la pulsera, ofreciendo gratificar al que se la devolviese. Y mire usted como estuve en lo cierto. Usted emplea en su anuncio la frase consagrada para estos casos: *se le gratificará.*

MATILDE (Riéndose) De manera que usted quiere....

FERNANDO Que se me gratifique. Creo que tengo derecho.

MATILDE Vamos, no se burle usted.

FERNANDO Señora, yo....

MATILDE Usted está de buen humor y habla en broma.

FERNANDO (Sonriéndose) Hablo en serio, y no pido ningún desatino.

MATILDE (Con la risa en los labios) Pues... usted dirá lo que quiere. (Repentinamente y en tono de broma) Supongo que no pedirá usted mucho, ¿eh?

FERNANDO Para mí, más de lo que usted se imagina; para usted, bien poca cosa.

MATILDE Hábleme claro, por Dios, que soy muy torpe para descifrar enigmas.

FERNANDO No deseo otra cosa. Me doy por expléndidamente gratificado, si usted.... si usted....

MATILDE Si yo ¿qué?

FERNANDO Si usted fuese tan bondadosa, que...

MATILDE Vamos, hombre, acabe de una vez.

FERNANDO (Decidido) Que juzgándome como á un amigo antiguo, me dijese por qué se entristeció cuando le hablé del General, de su Fernando.

MATILDE Atrevida es la proposición, muy atrevida; pero me inspira usted tan profundas simpatías....

FERNANDO (Con ansias.) ¿De veras, Matilde?

MATILDE No me crea usted. No sé lo que me digo. Ya le he dicho que soy una loquilla.

FERNANDO Una loquilla encantadora, capaz de contagiar al hombre de más fría razón. (Acercándose).

MATILDE (Con coquetería.) Pues no se acerque usted tanto, no vaya á sufrir contagio.

FERNANDO La locura no es enfermedad que se propaga con el contacto de los cuerpos, sino con el sublime enlace de las almas. Además yo nada tengo que temer. Mi juicio no está muy seguro, y.... (con intención) hasta podría decir á usted quién ha producido ese trastorno en mi cerebro.

MATILDE (Repentinamente) Nó, no quiero saberlo.

FERNANDO Bueno; pero quedamos en que usted siente por mí *profundas simpatías.* ¿Y que más, Matilde?

MATILDE Quedamos únicamente en que... ea, pues tampoco sé en qué quedamos.

FERNANDO Yo le ayudaré en sus esfuerzos de imaginación.

MATILDE ¡Ay, sí! A ver si de ese modo salgo del atolladero.

FERNANDO Verá usted. Yo le exigía una gratificación consistente en...

MATILDE Ya me acuerdo. Usted quiere saber por qué me entristecí cuando me habló del General, ¿no es así?

FERNANDO Precisamente.

MATILDE Pues será complacido; y bien puede usted gloriarse de su triunfo, pues le voy á hablar de lo que á nadie hablé hasta hoy. Ya le dije que....

FERNANDO *Le inspiro á V. profundas simpatías.*

MATILDE No machaque más sobre lo mismo, hombre. Ha cogido usted la fracesilla y la emplea como pesado estribillo. (Con coquetería.) Silencio, pues como hable usted una palabra más, le castigo y no le cuento nada.

FERNANDO Callaré.

MATILDE Que obedientes son ustedes... cuando les conviene. (Toca el timbre é inmediatamente aparece el criado.) ¿Le parece á usted bien que tomemos un té, mientras le cumplo lo ofrecido?

FERNANDO (Con alegría.) Muy bien.

MATILDE (Al criado, el cual no deja de mirar á Fernando intencionadamente.) Sírvenos el té. (Vase el criado.) En fin, comenzaré la... confesión, porque esto va á ser toda una confesión.

FERNANDO Soy todo oídos.

MATILDE (Después de larga pausa, durante la cual se miran significativamente.) Desde muy joven, siendo aun una niña, comencé á sufrir. Cuando yo vine al mundo, mis padres habían perdido todas sus riquezas, que fueron grandes, según le oí decir muchas veces á mi santa madre. Mis primeros años fueron penosísimos para mí. Casi nadie nos visitaba; yo no veía otras caras que las de mis padres y las de unos señores muy serios y muy estirados, orgullosos de su alcurnia, que me miraban impasibles desde los borrosos lienzos de la multitud de cuadros que adornaban las paredes de nuestra modesta vivienda. (Al ver entrar al criado con el servicio del té, hace una transición). Aquí, Andrés, aquí (al criado, que pretende ser-

vir.) Nó, deja; puedes retirarte. Yo lo serviré. (Váse el criado, dirigiendo insistentes miradas á Fernando: vé en él á su futuro amo.)

FERNANDO (Risueño.) *Jamás fuera caballero de dama tan bien servido.*

MATILDE (Sirviendo el té.) Gracias por la galantería; y dele á Cervantes la parte que le corresponde. (Pausa.) ¿Quiere usted pastas?

FERNANDO Si pasan por sus manos de usted, sí, porque me sabrán á gloria.

MATILDE Parece usted andaluz.

FERNANDO Pues no lo soy. Usted sí que parece un ángel.

MATILDE (Cómicamente) Pues tampoco lo soy. Todas las cosas no son lo que parecen.

FERNANDO Ni todas parecen lo que son.

MATILDE Dejémonos de filosofía barata.

FERNANDO Sí, dejémonos de filosofía, y continúe usted su interrumpida.... *confesión.*

MATILDE Le decía á usted que mi infancia y los primeros años de mi juventud los pasé al lado de mis padres en amarga soledad.

FERNANDO ¡Es posible que estuvieran ustedes tan abandonados!

MATILDE ¡Y tan posible! «¡Con las últimas monedas, se fueron los últimos amigos!» exclamaba mi padre en los momentos de mayor tristeza.

FERNANDO Es muy grande la perfidia humana. Todos los mortales somos malos, muy malos.

MATILDE No estoy conforme; todos nó. En aquella dispersión de *amigos*, que sucedió á nuestra ruina, una familia noble, no por sus rancios pergaminos sino por sus hermosos sentimientos, permaneció á nuestro lado, dándonos pruebas de una amistad inquebrantable. Pero aun esto que era suave lenitivo al dolor de mis padres, para mí fué manantial de dolores y sufrimientos. En aquella familia, formada por ángeles más que por séres humanos, había un hombre perverso, de mala entraña; que Dios al lado de las rosas hace crecer la mala yerba. (Pausa.) Aquel hombre, era un sarcasmo, una ironía viviente. Su alma parecía una

caja de doble fondo de la que yo sólo veía el aparente, el que seducía, el que fascinaba. Me atraía, como atraen los abismos, y á él fuí ciega, dispuesta á sacrificarlo todo; pero ya en el borde del precipicio, vi claro, con luz vivificante, y me salvé de la catástrofe! (Muy conmovida) ¡Me salvé, sí, mas destrozando para siempre mi corazón de mujer apasionada! ¡Ya en él no podían arraigar nuevos amores!

FERNANDO (Amorosamente intrigado.) ¿Entonces, como se unió después al general?

MATILDE ¡Ah! esa es la segunda parte de mi triste historia! Yo no estaba enamorada del general; me inspiraba repulsión; los cabellos blancos que en mi padre me parecían cenizas que ocultaban los rescoldos de una vida que iba apagándose con infinita dulzura, en él se me antojaba blanco sudario que cubría un cuerpo inerte.

FERNANDO (Aparte y convencido de su triunfo.) Esta es mía. (alto) ¿Luego usted no le quiso jamás?

MATILDE ¡Jamás! Si consentí casarme con él, torciendo bruscamente mi voluntad, fué por el amor que tuve á mis padres. Él me ofreció, lo único que podía ofrecerme: dinero, y yo me vendí, sí, me vendí, para con el producto de esta venta, comprar la tranquilidad de los que me dieron el sér.

FERNANDO Termine usted, Matilde, su relato. ¡No sabe el bien que me proporcionan sus palabras!

MATILDE Sí, voy á terminar; siento renacer en mi alma todos los dolores del pasado, y esto me agota las fuerzas. (Pausa.) Aquel suplicio que me impuse, duró bien poco: al año de casada, murió Fernando, y á su muerte rompí los alambres de oro de la jaula que me aprisionaba. Hoy soy libre; ¿pero de qué me sirve esa libertad, si mi corazón quedó aún más infecundo para que en él germinara la semilla del amor?

FERNANDO Nó, Matilde; usted se engaña; su corazón es grande, hermosa su alma; y si hasta hoy se cirnieron sobre usted las nubes de la desdicha, pronto la luz de un sol de felicidad, la circundará de luminosos nimbos.

MATILDE Nó, Fernando, ¡no he nacido para ser dichosa!

FERNANDO Si se obstina usted en ser desgraciada, lo será; pero acaso hoy comience para usted una era de paz y de alegría, que borre de su alma el recuerdo de sus pasados dolores.

MATILDE No me haga usted concebir esperanzas de imposibles ni acariciar ilusiones irrealizables. Agradezco á usted el interés que por mí demuestra, y le aconsejo que huya de mí como de un espectro maldito que surge en las tinieblas. ¡Sí, huya y déjeme sola, como siempre estuve, sola con mis amarguras; mi destino es ese: sufrir eternamente!

FERNANDO Hoy no está usted sola, Matilde; en su dolor le acompaña un hombre que anhela su felicidad y que por ella sacrificaría el alma y la vida. Quisiera expresarle de modo elocuente los afectos que hacia usted me llevan; pero las palabras no acuden al llamamiento de mi voluntad. El corazón late, sí, á impulsos de un solo y sublime sentimiento; mas en el cerebro se atropellan encontradas ideas.

MATILDE Por Dios, no hable usted de ese modo. Cualquiera diría que me está usted haciendo una declaración amorosa.

FERNANDO Y quien tal dijera, hablaría la verdad. Sí, Matilde, yo la amo á usted, y este amor que por fin me atrevo á declararle, nació en mi alma, viciada por el ambiente social en que he vivido, como los nenífares brotan allí donde las aguas yacen muertas de podredumbre. (Pausa.) Yo también tengo un pasado tristísimo, que puede formar digno *pendant* con el de usted. Queden sepultados ambos en el olvido, y sobre sus ruinas, labremos, amorosos, un rosado porvenir lleno de bienandanzas. Este es mi dulce ideal desde que tuve la dicha de encontrarla á mi paso por el mundo. Dígame si llegará á trocarse en realidad, lo que hasta ahora consideré como un sueño.

MATILDE (Aparte y satisfecha de su trabajo.) ¡Buena pesca! (Alto.) A mí sí que me parece un sueño todo lo que acaban de

expresar sus labios. No puedo, no quiero creer que quien acaba de verme por vez primera sienta una pasión como la que usted me pinta. ¡Ah! Sí, estoy soñando.

FERNANDO (En tono campanudo.) Nó, Matilde, no es producto de una quimera lo que á su vista se ofrece, es hijo de la realidad, de la bella realidad que no gusta de aderezo, sino de la lisura y de la llaneza. Por eso yo no la mentiré riquezas, que no poseo, ofreciéndole solamente un amor inextinguible, grande y puro como ese sol, cuyo nacimiento celebran las flores abriendo sus cálices, para con sus aromas embalsamar el ambiente que los pájaros riegan de frescos trinos.

MATILDE (Que desde que oyó lo de «no le mentiré riquezas, etc.» ha cambiado por completo de semblante, comenzando á descubrir su condición.) Todo eso es muy bonito, muy hermoso, pero también muy apartado de la realidad, de esa realidad que usted ha invocado con tan grande entusiasmo. No se remonte usted tanto; que no debemos andar por las nubes, sino por la tierra, ya que en ella vivimos.

FERNANDO Es que vivir en la tierra con usted sería vivir en el cielo.

MATILDE Sí, en un cielo, todo lo que usted quiera; pero en un cielo en el que hay que comer, que vestir, que pasear en coche y hasta que pagar abonos en los teatros. Ya sé lo que dirá usted: «Esta mujer es muy prosaica; miren con lo que sale ahora.» ¿Qué quiere usted, hijo? ya me he acostumbrado á vivir bien y sólo en esto pienso. ¡Bastante llevo sufrido!

FERNANDO Los enamorados hacen un rico palacio de una miserable choza. Sin embargo, tampoco nos privaríamos de las delicias que ofrece el mundo. Yo poco, muy poco, pero al fin algo poseo y, sobre todo, usted es rica. Sus bienes bajo su administración, irían...

MATILDE (Poniéndose de pie, cambia de tono, de actitud y hasta de cara, para mostrarse tal cual es: una distinguida *Cocotte*). No siga usted, hijo, ya sé adonde irían á parar.

FERNANDO (Desconcertado y levantándose del asiento que ocupa.) Matilde, yo soy...

MATILDE No tiene para qué decírmelo; ya supongo lo que es usted. Lástima de tiempo el que hemos perdido en engañarnos mutuamente, porque cuidado que la comedia ha sido bien representada!

FERNANDO (Con cinismo que no abandona.) Bueno, pues ya que he fracasado, creo lo más oportuno tomar la de Villadiego, digo, si usted me lo permite.

MATILDE Sí, hombre, sí, pero deje que... (Encendiendo las lámparas eléctricas.) encienda las luces; estamos casi á obscuras y quiero verle la cara.

FERNANDO Me parece bien que dé usted luz. Por ella venía.

MATILDE Pues ha perdido usted el viaje, amiguito, porque... desgraciadamente, en esta casa no hay más luz que la eléctrica (con sorna.) Pero dígame usted, en confianza: ¿cuanto le ha costado la pulsera? porque esta es otra, la mía la tengo en mi poder desde esta mañana; y conste que no he tenido que dar gratificación.

FERNANDO Pues.... hasta unas quince pesetas, porque la pulsera, como la *gratificación* que usted me ha dado por ella, es falsa.

MATILDE (Con rabia). ¿Falsa? (Se quita la pulsera y la arroja sobre la mesa.)

FERNANDO (Recalcando la frase.) Sí, falsa.

MATILDE ¿De modo que?....

FERNANDO Nada, que nos hemos equivocado. Somos dos elementos iguales; mas para dos lances distintos.

MATILDE Tiene usted razón. El hombre que yo deseo es otro.

FERNANDO Y la mujer que yo busco es otra también.

MATILDE Á mí me hace falta un romántico de verdad, que sea muy rico.

FERNANDO Y á mí una viuda auténtica, con dinero, con mucho dinero.

MATILDE Pues siga cada uno por su camino.

FERNANDO Y que á los dos nos acompañe la buena suerte. (Derrama la vista por toda la habitación, como examinando lo que en ella hay, y se dirige pausadamente hacia la puerta del foro).

MATILDE (Tocando el timbre) Eso es; que nos acompañe la buena suerte. (Al criado, quien, después de recibir la orden de Matilde, mirará á Fernando despreciativamente, desapareciendo con él por la puerta del foro) Acompaña hasta la puerta á este... *caballero.*

FERNANDO (Ya desde la puerta del foro) Á los pies de usted... *señora.* (Hace mutis muy friamente, poniendo de relieve todo su cinismo.)

TELÓN

NOTAS

Importante.—*Quedamos muy agradecidos á la monísima actriz Clotilde Domus, por la artística labor que empleara en la interpretación de este diálogo.*

Otra casi tan importante como la anterior.—*Las empresas satisfarán por la representación de esta obrita, la mitad de los derechos que corresponden á las comedias en un acto.*

De venta en las principales Librerías

PRECIO: UNA PESETA